

Experimento Nestlé

¿Quién soy? No tiene ninguna importancia, mi nombre es irrelevante para los acontecimientos que voy a contar. Lo que en verdad importa son los hechos relacionados con esa multinacional de alimentos que supuestamente vende bienestar y salud. Sí, esa que sé vino como flash a tus pensamientos... NESTLÉ.

Creo —al hablar por todos—, hemos probado alguno de sus productos. Cereal Chocapic, Nesccafé, La Lechera, y mis preferidos, el chocolate Kit Kat. Y también ese conejo saltarín... Nesquik. Bien hay muchos pero son los que recuerdo ahora. Bueno, todos son BASURA y sí realmente quieres a tus hijos, no los alimente con porquerías.

Y no me baso en el informe que fue revelado hace unas semanas en las noticias de las pocas o nulas propiedades saludables de sus alimentos. No es más que una cortina de humo que Nestlé desplegó para desviar la atención y decir: ¡Sí bien mis productos no son nutricionales pero tampoco alteran la conducta e incitan al asesinato!

Buscan minimizar el daño colateral de los extraños acontecimientos que tuvieron lugar en Mami que involucran a unos chicos armados con fusiles de asalto. ¡Lo escuchaste verdad! Tres niños asesinaron a quema ropa a seis personas dentro del minisúper.

La masacre resonó por semanas hasta quedar sepultada en la montaña de sucesos políticos. A estas alturas te preguntas ¡qué carajos tiene que ver Nestlé con la matanza! Ni yo lo entendía hasta hace unas semanas cuando empezaron a crecer en mi mente esas extrañas visiones.

Por meses he tenido pesadillas. No sabía que las causaba, así que asistí al doctor quien me recetó calmantes que por supuesto no ingerí. Nunca he sufrido de nervios y ansiedad. Simplemente sospechaba que algo había cambiado dentro de

mí. Y todo empezó cuando acepté ser miembro de un panel de pruebas de la compañía Nestlé.

Hace un año, más o menos, no lo recuerdo bien, al entrar en cierto grupo de Facebook encontré una oferta de empleo muy seductora. La cosa iba de probar nuevos productos: cereales, bebidas y demás de la marca Nestlé. Al principio no me llamó la atención, pero al seguir leyendo todo cambió. Ofrecían 2.000 euros por degustación.

¡Diablos, 2.000 billetes por sólo afirmar que este cereal sabe delicioso o esta bebida es amarga, era una locura! Y me postulé por medio de un links que me llevó a una página donde ingresé mis datos.

Los días pasaron y ya había olvidado el asunto cuando mi teléfono sonó una mañana. Al otro lado de la línea un sujeto de voz áspera y autoritaria verificó los datos que había registrado, nombre, apellidos, estado civil... Luego, aseveró que me contactaría dentro de un par de días y que estuviera pendiente al whatsapp, ese sería el medio de comunicarnos. En ese punto no pude resistirme, tenía que asegurarme que la recompensa era cierta, así que antes de colgar le cuestioné.

“Oiga es cierto que pagarán 2.000 euros o es sólo una estrategia para atraer voluntarios”.

La línea permaneció muda por alrededor de cinco o diez segundos y creyendo que colgaría sin contestar surgió de nuevo su voz, aunque esta vez su tono fue más frío que el anterior.

“Usted qué cree”.

Fue lo máximo que dijo y colgó.

Pasó una semana y ya había olvidado los 2.000 euros. Tenía un empleo casual en la remodelación de varios locales comerciales. Al llegar a casa de mi hermana (bueno, nunca he tenido un empleo fijo, y ella amablemente me ofreció

un cuarto). Cansado y dispuesto a sumergirme en la cama escuché el timbre de mensaje del celular a eso de las once o doce de la noche.

Una serie de recomendaciones provenían de un número extraño que no pude identificar. Entre las pautas a tener en cuenta estaban:

Ir con ropa cómoda.

En ayuna.

No traer celulares, ni otros equipos electrónicos.

No tomar ningún medicamento.

Y por último,

No informar a nadie de las pruebas a realizar, su destino, quién lo contacto y cuándo regresará.

El perfil que remitía el mensaje tenía por nombre Nestlé_Neg, y su avatar tenía el peculiar nido de pájaros en gris de baja resolución sobre un fondo oscuro. No parecía su cuenta oficial. Las indicaciones eran las mismas previas a un examen médico de ingreso a un trabajo, por lo que acatarlas no fue de gran molestia. Sin embargo, la que cerraba el mensaje me intranquilizó un tanto, en especial esa parte final CUÁNDO REGRESARÁ. Qué quería decir Nestlé con esa advertencia, a caso las pruebas tomarían varios días, semanas, e incluso meses. En verdad la duda de no asistir pasó por mi mente, pero vamos 2.000 euros pesan muchísimo más que cualquier incertidumbre.

¡Carajo a quién le pesa 2.000 grandes en el bolsillo!

El autobús que nos llevaría al lugar de las pruebas que supuse se trataría del Centro de Investigación Nestlé ubicado en Vers-chez-les-Blanc, Suiza, no tardó en recogerme. Era grande, lujoso, igual en los que viaja los jugadores de un club de fútbol, pintado de blanco con vidrios negros que ocultaban su interior. Las sillas eran cómodas, espaciosas, había una docena de voluntarios.

“¡Buenos días” dije. “Linda mañana para ganar 2.000 grandes ¿no?”.

Ellos me miraron y ninguno pronuncio palabra, o por los menos un suspiro. Un sujeto de traje apareció detrás y con un gesto de su dedo sobre sus labios señaló mi puesto con la otra mano. Me senté o debería decir él me sentó.

“¿Cuánto durará el viaje? ¿Viajaremos en avión, verdad?”

El tipo llevó de nuevo su índice a los labios y se dirigió a la cabina donde desapareció.

El autobús comenzó a moverse. Jamás conocí los sitios en lo que paraba para recoger al resto de voluntarios. Las ventanas más que recubiertas con una película de polarizar estaban pintadas de negro. Sólo sentía el oscilar del vehículo a la derecha o izquierda. Cuántas horas anduvimos así, no lo sé, no llevaba reloj según lo dispuesto en el mensaje.

Tiempo después comenzó a descender, lo sé porque mi cuerpo se inclinó adelante, quizás ya estábamos recorriendo las altas montañas de Suiza. El paisaje de sombras a través de los cristales no variaba. Las cosas se estaban colocando turbias, raras, si me lo permiten. Aún así pensé que el misterio debía de ser por los protocolos de seguridad de Nestlé, no todos los días entran extraños a su laboratorio de nutrición. El más avanzado del mundo.

Finalmente descendí a un hangar inmenso totalmente desocupado. Los guardias nos organizaron en fila india e hicieron marchar uno tras otro. Caminamos por varios pasillos solitarios en los que retumbaban nuestras pisadas, parecíamos una manada de elefantes de circo.

Dos cosas llamaron mi atención poderosamente: primero, para un sitio donde laboran más 700 personas entre científicos, técnicos y especialistas en diferentes ramas del conocimiento, no había nadie más a parte de los dos guías, el complejo lucía como abandonado; la segunda, en ninguna parte (por lo menos visible) observé el logotipo de Nestlé.

La madre pájaro alimentado a los polluelos en el nido es posiblemente el arma más poderosa del marketing de Nestlé. Transmite confianza, bienestar, ternura y por qué no, bondad. Y, sin embargo, relucía por su ausencia en las paredes, las ventanas, las puertas, simplemente no estaba integrado a la arquitectura del complejo.

Nos asignaron habitaciones para descansar y relajarnos antes de iniciar las pruebas, que según afirmó uno de los guardias (él único que se digno a decir palabra) iniciarían en media hora.

Llevaron al grupo de entre 30 a 50 voluntarios a un salón amoblado de mesas largas. Sobre estas, tres recipientes sellados identificados con un número. Allí por vez primera desde que llegamos a las instalaciones del Centro de Investigación, (pues siempre creí que allí me encontraba) veía en una ancha y larga pantalla al frente el logotipo de Nestlé flotando sobre una especie de marea gris o estática.

Una voz parsimoniosa la cual no pude identificar su dueño, surgió:

“Damas y caballeros bienvenidos. La corporación quiere darles las gracias por asistir como voluntarios a las pruebas de ensayo de nuestra nueva línea nutricional”.

Pasó a explicar la prueba, consistía en degustar un nuevo cereal, una bebida energética y el tercero sin determinar reservado para el final. Otro detalle que me inquietó, la voz jamás dio la bienvenida a nombre de Nestlé, como debió de ser el protocolo, sólo se limitó a insinuar la corporación.

Entraron en escena cientos de doctores y asistentes portando tablets.

En ese preciso momento, miré atraído no sé por qué a la parte superior del complejo o al techo, quizás buscando los alta voces de los que nacía una melodía empalagosa de la que también debió emerger la voz. En la pared alta una larga ventana en la que se asomaban varios individuos vestidos de blanco, científicos

concluí, pero entre todos uno deslucía por su atuendo de chaqueta oscura con charretera y gorra de plato. Personal de seguridad, no lo sé...

La primera degustación fue el cereal que en mi parecer no tenía diferencias con otro comprado en el supermercado, a excepción de un saborcito amargo al tragar. Al cabo de la tercera cucharada los observadores se acercaron con todo tipo de preguntas. ¿Qué le parece el sabor? ¿Tiene buena constitución al paladar? ¿Qué tal su olor?...

Conteste con sinceridad al cuestionario. Ellos anotaban todo en las tablets. Aunque debo reconocer que sentí cierta presión a pesar de su trato amable que discordaba de su expresión. Tenían los parpados bien abierto como si esperaran a qué sucediera algo que por causa y efecto podía manifestarse o no. Es igual que en las películas de terror, esperas el susto sin saber cuándo ocurrirá, pero está claro que ocurrirá en cualquier momento. Me sentí intranquilo.

Los doctores y sus asistentes no espabilaban, parecían no querer perder ni un segundo de la escena. Tomé un sorbo de la bebida y reanudaron la cadena de preguntas. Sabía a remedio, dije. La melodía suave que retumba por el salón ya sangraba mis oídos. Ellos seguían observando, atentamente, esperando...

El tercer producto había sido hasta el momento una incógnita, pues lo escondía un cubreplatos de acero inoxidable. La asistente lo retiró. ¡No lo podía creer! ¡Era en serio! Ahora era yo quien los observaba con asombro. El doctor más cerca refutó con un movimiento suave de la cabeza.

El misterioso producto, una presentación del disolvente en leche Nesquik sabor a chocolate. Los dos voluntarios que compartían la mesa nos miramos asombrados. ¿En serio?

Por qué un producto para niños tendría que ser aprobado por adultos, me pregunté. Pensé, ¡Qué más da! ¡Y a quién le importa! ¡En fin, por 2.000 euros me tomó un vaso de orina!

La asistente sirvió tres cucharadas en tres vasos con agua, revolvió, y nos invito a degustar. Caí en cuenta que a medida que bebíamos los evaluadores se abrieron dejando la pantalla que proyectaba el logotipo de Nestlé totalmente expuesta a nuestros ojos. La malteada no sabía mal, el chocolate ya estaba endulzado, mientras observaba sin remedio el símbolo de Nestlé flotar.

No había prestado atención hasta entonces, pero la melodía que sonaba en el fondo aumento de tono, no de volumen, no, fue acelerando sus notas. Las letras de Nestlé se superponían en el fondo encima de un oleaje que también aumentó su caudal. No sé la razón pero no podía dejar de observar las letras de Nestlé y el nido flotar en ese telón de estática, que cada vez se movía con mayor intensidad.

Escuché la voz del doctor.

“¿Puede oírme?”.

Balanceé la cabeza.

“¿Qué siente?”.

Oí al poco.

No supe que responder. Mis músculos aunque relajados los sentía pesados. Y en la periferia de la visión los doctores y asistentes se aglutinaban y examinaban mi rostro y el de los dos voluntarios con los que compartía el panel, oscilaban sus manos de derecha a izquierda. Pero en ningún momento interrumpieron el enlace con el símbolo de Nestlé.

Yo quería moverme, quería levantarme, pero mi cuerpo pesaba toneladas. No estoy seguro, creo que todo los asistente estábamos envueltos en una especie de hechizo. En tanto, el fondo de estática, cambió su ritmo y dirección, para girar en su eje como un remolino de agua. La melodía también transformó sus notas.

Imágenes sueltas en un principio, borrosas e indefinibles, se asomaban en el lecho tras de Nestlé. En segundos recobraron nitidez, no de inmediato, sino muy progresivamente, iban flotando y ganando sentido. Al fin la vi. Era brutal,

macabro... No... no tengo palabras para describir lo que sentí. Un sujeto descuartizado, los miembros separados, la cabeza abierta como naranja y los sesos esparcidos, los intestinos llenaban su boca y la cavidad torácica repleta de cucarachas. Más arriba de la imagen una mano soportaba una motosierra que parecía gotear sangre.

Quise vomitar, lo juro. Todos mis nervios estaban congelados. La foto se fue difuminando después de hacerse totalmente expresiva, como antes, despacio, se perdió en el remolino de estática. La música disminuyó su nota.

Las letras de Nestlé permanecieron invariables flotando en la cortina de estática. Instintivamente llevé la mano al vaso y degusté un tercer sorbo de Nesquik, tal vez para digerir ese mal momento, no sé. Una segunda imagen fue acercándose desde la esquina inferior derecha de la pantalla, e igual que la anterior fue tomando forma poco a poco...

Indudablemente era mucho más desquiciante que la primera. De un colgadero de ropa dos torsos de mujer prendían agarradas por ganchos de los pelos y cabeza. Las piernas cercenadas debajo de la rodilla goteaban, los brazos arrancados de los hombros en los que colgaban mechones de piel sangrante, sus tetas atravesadas por un grueso clavo.

En el extremo de la foto, sobresalía una tercera víctima, a diferencia de las otras dos la atravesaba una larga lanza por la vagina que salía por su boca, sin brazos, piernas y tetas. Intenté cerrar los ojos pero una sensación, una voz, me instaba a mirar, a mirar, a mirar...

Pude percibir gemidos, balbuceos, llantos de los presente. Nadie se movía. A todos los agobiaba la intranquilidad por las siniestras fotos. En la primera mesa del lado izquierdo un hombre por fin se levantó gritando arrancándose los pelos, tomó un objeto que no distinguí de la mesa y lo incrustó en la cabeza de su compañero de al lado. No lo podía creer el tipo estaba como desquiciado. Los doctores y asistentes corrieron hacía él. En sus rostros alcance a notar cero atisbo de miedo o asombro, era como si supieran lo que iba a suceder y sólo aguardaban el

instante. Las luces se fueron atenuando y no logré ver más. Nos condujeron a las habitaciones.

Dormí como niño recién nacido. Dudo por cuántas horas o días. Tenía la sensación de llevar semanas en aquel complejo. Le había escrito a mi hermana, antes de partir, que saldría por varios días a realizar un trabajo. Ahora me arrepiento.

En la siguiente sesión de ensayos en el salón, servido en la mesa, como antes, cereal, una barra de chocolate sin marca y de nuevo el Nesquik. Sólo con ver al conejo saltarín despertó un hambre de cien años en mi estómago. Al igual que cerdo devoré el polvo achocolatado sin siquiera disolverlo en agua, también hice lo mismo con el cereal y lo peor no fui el único. Todos los presentes nos comportábamos al igual que cerdos.

La música y la imagen de Nestlé flotando volvieron a aparecer. Siempre lo hacían, invariablemente. Juro que por mucho que intenté detenerme un impulso me obligaba a comer y comer. Las letras de Nestlé empezaron a bailar y cambiar de color recorriendo los tonos del arco iris. Inmediatamente torcí la atención al empaque y el conejo marrón de Nesquik emitía un resplandor violáceo. Muy parecido a esos stickers holográficos. Sonría y me señalaba. Incluso, estoy tan seguro de ello que alcancé a expresar.

“¡El conejo me sonríe!”.

Por cierto que su sonrisa no se acercaba ni remotamente a la alegría. Era una mueca frívola y maliciosa. Casi aseguraría que depravada. Su pelaje enmarañado al igual que si se tratara de una rata. Su respiración era de furia y sus ojos amarillos chispeaban. Su camisa amarilla era negra cruzada con líneas rojas. De sus pantalones camuflados chorreaba una sustancia viscosa morada y algo se deslizaba por debajo. En su mano un arma que apuntaba hacia mí. Por instantes creí que realmente me iba agredir. Digo, pude ver en sus ojos en esa risita torcida en su respiración convulsa sus ansias de matar.

Retrocedí con gritos paranoicos empujando todo a mi paso. Lo que recuerdo después es despertar en una habitación blanca con un tubo de suero a la muñeca y la mano de mi hermana tomando la mía mientras ella sonreía por despertar. Me hallaron tres semanas después en un callejón repleto de basura al lado de un bar. El diagnóstico una sobredosis de cocaína que me llevó a convulsionar. Permanecí siete días en cuidado intensivo antes de ser trasladado a una habitación.

No recordaba nada de los últimos días. Lo que sí puedo asegurar es que no consumo drogas. ¡Carajo jamás he usado drogas! En fin, perdí la confianza de mi hermana, y aún seguía sin recordar lo sucedido.

Olvidé el asunto, no quería revivir en absoluto cualquier evento de los días perdidos. Me dediqué a trabajar y refugiarme en mi cuarto, no deseaba saber nada de fiestas o todo aquello que involucrara tragos.

Hasta que recibí un mensaje de voz de whatsapp. Lo enviaba una doctora que no se identificó cuya voz no reconocí. Tenía información de lo que me sucedió y que no era el único. Aquí la cosa se ponía extraña. Según decía la nota, ella había participado en las pruebas de Nestlé de tres productos de la marca que ya estaban a la orden del consumidor. En dichos alimentos se había mezclado una hormona secreta experimental.

¿De qué diablos estaba hablando esta mujer? ¿Qué pruebas? ¿Qué hormona? No entendía lo que me contaba, en todo caso continúe escuchando por curiosidad. Los productos de Nestlé al parecer están impregnados de una hormona y enzima que regulan el comportamiento al interactuar la amígdala con ciertos estímulos exteriores.

Estos estímulos disparan recuerdos traumáticos que duermen en el inconsciente, luego la hormona acentuada en el sistema nervioso codifica ciertos parámetros del comportamiento influidos por el agente estimulante. Entre estos comportamientos pueden ser, una tolerancia a servir desinteresadamente, transformar a una persona en el más apasionado amante, o... en un certero asesino.

Y es aquí en este último punto donde se enfocaba Nestlé. La doctora aseveró que la compañía trabajaba con divisiones científicas militares que experimentan la conveniencia en desarrollar potenciales agentes capaces de efectuar misiones donde sus efectivos no pueden hacer presencia. Es decir, todos, sin excepción, seríamos potenciales soldados.

¡Qué locura! Fue lo primero que me vino a la mente. Era imposible que una multinacional tan reconocida y prestigiosa anduviera haciendo experimentos en humanos. Sin embargo, la duda ya me había invadido. Además recuerdos borrosos iban y venían en mi mente al ver la caja del cereal Nestlé y especialmente el Nesquik. Y los doctores no atinaban en curar las visiones. Entonces procedí a investigar en internet.

Al inicio de la investigación no hallé nada raro, sólo las bondades y el trabajo científico que se venía realizando en el Centro de Investigación de Nestlé. Supongo que si en verdad había cosas improcedentes efectuadas por la multinacional de alimentos más poderosa del globo ocultarían todo rastro. Lo borrarían de cualquier medio o base de datos de internet. Pero por mucho que se esfuercen en esconder sus falencias el internet siempre deja huellas, y yo hallé una de esas huellas digitales.

Ya daba por abandonada la búsqueda cuando el titular de una página llamó mi atención: "Multinacional hace pruebas con bebés huérfanos".

Hice clic y comencé a leer.

A finales de los noventa, la filial de Nestlé en Tailandia fue acusada de llevar a cabo experimentos alimentarios en bebés del orfanato Hogar para Niños Pak Kret, y, según afirmaba el artículo, la multinacional se habría valido de su condición de huérfano sin padres o tutor a cargo para restringir los permisos y realizar las pruebas. Los bebés comprendían edades entre seis meses y tres años. Y si aún no me crees te dejo el enlace de la noticia para que tú mismo te enteres: <https://ipsnoticias.net/1996/08/tailandia-multinacional-hace-pruebas-con-bebes-huerfanos/>

Fueron expuestos a una leche en polvo preparada con un tipo de bacteria sin especificar con el fin de crear cierta inmunidad a enfermedades, ya que la bacteria se comería a los microbios dañinos. Los resultados no fueron concluyentes.

Nestlé sostuvo que las autoridades sanitarias y la dirección del orfanato le otorgaron los respectivos permisos y licencias. La Administración de Alimentos y Drogas de Tailandia negó tal aseveración. El director de la casa Hogar para Niños Pak Kret demandó a la compañía por injuria. La investigación no arrojó pruebas fehacientes y no se logró mostrar la culpabilidad de Nestlé en tales ensayos en bebés.

El caso fue archivado y Nestlé fue absuelta. Con los días la noticia fue relegada a segundo plano. Los noticieros no volvieron tocar el asunto y los periódicos silenciaron el tema. Las protestas contra la multinacional cesaron y todo fue archivado en el cajón del olvido. ¡No es de extrañar! ¡Saben, una empresa con ingresos superiores a 84.000 millones de euros anuales tiene una gran capacidad de persuasión!

La doctora tenía razón Nestlé realiza experimentos en humanos y lo más perverso, en bebés. Nadie imagina qué agonía han debido de padecer esas pobres criaturas. Se desconoce si hubo fallecimientos y que fue de la suerte de ellos.

Por mi parte mi memoria seguía en blanco, sobre esos días que jamás viví. Si me habían utilizado como conejillo de indias no tenía pruebas. Sin embargo, no fue hasta el tiroteo de la semana pasada que recobré algo de la memoria. Gracias a esa frase que divulgaron los noticieros.

Uno de los sobrevivientes al tiroteo afirmó a la policía que el niño menor del grupo de tres, se le veía asustado, paranoico, apuntando a todos lados, como huyendo de alguien. De pronto, dijo en voz baja pero audible: "El conejo me sonrió". Y apretó el gatillo de la escopeta debajo de su mentón.

Se refería a la sádica risa del conejo de Nesquik. La misma que había presenciado en las pruebas.

Ahora lo recordaba todo.

Ya no tenía dudas Nestlé lo había vuelto hacer: experimentos humanos. Y la prueba reina que confirma la continuidad del experimento a un nivel sin límites y sin restricciones es la masacre perpetuada por los chico.

Pero no... no crean que realizan pruebas para crear asesinos. ¡NO! Nosotros somos su fuente de ingresos, somos los que compramos su porquería, somos lo más valioso que tienen. ¡Su razón de ser!

Mi teoría es la siguiente:

Según el diario The Economist una oleada que aboga por alimentos saludables viene creciendo y ganando fuerza a nivel global. Manifestantes piden a gritos que los alimentos reduzcan o eliminen las grasas saturadas, el sodio y los azúcares. Atendiendo este llamado popular los gobiernos y parlamentos han promovido leyes que obligan a las marcas a revelar la información nutricional verdadera de cada uno de sus productos en los embaces y asignarles un etiquetado de peor a mejor.

En España tenemos la regulación del sistema Nutri-Score. En Colombia impulsan la Ley de Comida Chatarra. En Estados Unidos prospera la iniciativa Let's Move y en Australia rige la Health Star Rating.

Todas son medidas encaminadas a reducir la ingestas de comida mal sana. Y aquí es donde entra Nestlé. Pues el prestigioso diario afirma que dichas medidas podrían disminuir los ingresos de la multinacional en un 70%. En otras palabras, sería la quiebra de Nestlé.

Ante tal panorama oscuro para sus finanzas la compañía busca la manera de asegurarse consumidores fieles, mezclando hormonas o enzimas (¡sabrá Dios qué más!), intenta causar adicción a sus productos. Con lo cual comeríamos y

beberíamos hasta el agotamiento, como cerdos. Y la empresa no tendría de que preocuparse por las leyes que restringen sus nocivas comidas, pues no obliga a nadie a comprarlas. Pero su receta no está completa, tiene falencias y causa efectos secundarios, como los niños del tiroteo.

¡Por eso necesito que compartas este video entre tus contactos de Facebook! ¡Divúlguelo en los grupos de Whatsapp y todas las redes! De lo peligroso de consumir productos Nestlé. Entre mayor sea la difusión y más personas se unan al movimiento ejerceremos presión sobre nuestros gobiernos para que prohíban los alimentos de esta mezquina y desquiciada multinacional. Los experimentos continúan adelante y sus conejillos de indias es la población mundial, en especial nuestros niños.

Y recuerda. Recuérdalo bien. Si en algún momento tú hijo o cualquier conocido o extraño, lo oyes murmurar.

“El conejo me sonrió”.

Ponte a salvo. Y llama a la policía...